

apoyándose en las alas, gira al rededor de su compañera y vuela rápidamente hacia una flor; luego vuelve con el pico lleno para dar alimento á su compañera; muéstrase con ella



Fig. 120.—EL ESTEGANURO DE UNDERWOOD

sumamente cariñoso, y la abanica, permitaseme la frase, con sus pequeñas alas. La hembra recibe agradecida tantas pruebas de ternura; el valor y la solicitud del macho aumentan entonces; empeña el combate con un rival, persigue á la golondrina purpúrea hasta su mismo nido; y luego, siempre zumbando, vuelve alegre á posarse al lado de su compañera. Todos estos testimonios de ternura, de amor, de fidelidad y de valentía, prodigados por el macho á su hembra, son cosas que se pueden ver y admirar, pero que es imposible describir.»

Los nidos de las diversas especies de colibrís no difieren mucho unos de otros, y las puestas se componen solo de dos huevos blancucinos, prolongados y muy grandes, relativamente á la talla del ave. «Todos estos nidos, dice Burmeister, ofrecen tal semejanza, que creo inútil describir cada uno de ellos en particular, á pesar de las ligeras diferencias que resultan de la elección de los materiales. Estas diferencias se deben considerar como puramente locales, y están simplemente en relacion con la clase de material que encuentra el ave para sus construcciones.

» El fondo del nido se compone de una capa de sustancia algodonosa, mezclada con líquenes, briznas de yerbas secas y escamas de helechos. Todas estas materias se encuentran en el mismo nido y á veces no se ve mas que una sola; los líquenes son de especies variadas, y cada colibrí parece preferir alguna.

» El nido mas curioso es el del factornís (*phatornis eury-*

*nome*); remata inferiormente en una larga punta, y se compone de briznas de musgo enlazadas entre sí por el líquen orchilla del Brasil, sin ninguna sustancia algodonosa. El nido ofrece un bonito aspecto, con la particularidad de que bajo la influencia del calor desarrollado por la incubacion, los líquenes desprenden su materia colorante, y los huevos se tiñen de un precioso rojo carmin. Este color los cubre enteramente con una regularidad notable, de tal modo que no se percibe la mas ligera mancha ni viso; y sin embargo, los líquenes no los rodean del todo, pues están dispuestos horizontalmente en medio de los musgos, tocándolos tan solo por una cara.

» El nido del colibrí de cuello blanco (*agrytrix albicollis*) es digno tambien de fijar nuestra atencion; está formado de líquen de un magnífico color gris verdoso, que cubre la cima como un tejadillo; las escamas de los helechos, fijadas de modo que una de sus mitades queda libre, penden alrededor del nido, comunicándole un aspecto veloso y un color pardo castaño; solo forman un círculo compacto en el borde de la abertura.

» Encuétranse tambien en estos nidos muchas sustancias vegetales secas ó marchitas, pequeños tallos y hojitas; pero nunca se observa en su colocacion tanta regularidad como en los líquenes y escamas de helecho.

» Los nidos están situados tambien de muy distinta manera, pues ciertas especies tienen preferencias bien marcadas por determinados sitios. El colibrí de cuello blanco, por ejemplo, anida en los jardines de los arrabales de Rio Janeiro, y construye siempre su nido en la bifurcacion de una rama horizontal, de tal modo que está como enclavado entre los dos brazos de aquella. Yo encontré varios y creo haber observado que el ave tiene un cuidado especial en elegir el árbol en que se fija. Otra especie no anida sino en medio de las frondes gigantescas de los helechos que crecen en las montañas, en los terrenos áridos, y que cubren grandes extensiones; en la cara inferior de estas frondes, y cerca de su extremidad, acostumbra la pequeña ave á construir su nido, enlazando sólidamente entre sí las partes de las hojas que se tocan. La mayor parte de los colibrís fijan su nido en los rastrojos ó pequeñas ramas verticales: yo tengo varios que hallé



Fig. 121.—EL ESTEGANURO DE VIENTRE COBRIZO

en medio de las cañas, y en algunos hay tallos de yerbas que les sirven de sosten ó apoyo; otros son de construccion muy endeble, y me costó mucho trabajo conservarlos en su estado

primitivo. Hay una especie que apenas emplea mas que raicillas para la construccion, cuyo tejido es menos compacto que el de las otras.»

Schomburgk dice que el topacio establece su nido en la bifurcacion de una pequeña rama inclinada sobre el agua, ó en medio de las lianas colgantes. Hé aquí cómo lo describe: «Interiormente tiene el color del cuero curtido y se parece bastante á la yesca: para que el viento no pueda balancearle, haciendo caer los huevos, el macho y la hembra tienen la precaucion de guarnecer la abertura con un ancho reborde recogido por dentro.»

Salvin nos dice que en ciertas especies, por lo menos, el macho toma parte en la construccion del nido; pero generalmente, la hembra es la que carga con el mayor trabajo: Gosse nos lo asegura así por sus propias observaciones. Este naturalista se ocupaba en buscar nidos, cuando oyó á un colibrí zumar, y vió á una hembra con el pico lleno de pelusilla. «Espantada al verme, dice, refugióse en una rama situada á pocos pasos; pero como me ocultase detrás de una roca, permaneciendo silencioso é inmóvil, volvió á los pocos instantes, y desapareció detrás de una piedra, para dejarse ver de nuevo y volar otra vez. Examiné aquel paraje, y con gran contento hallé un nido en via de construccion, situado de modo que se podia observar desde lejos. Esperé un rato, y á poco llegó la hembra y se sostuvo en el aire delante del nido; pero habiéndome divisado dirigióse hacia mí, y voló junto á mi cara, á la distancia de un pie cuando mas. Yo permanecí inmóvil; el colibrí se posó entonces sobre una rama, alisó su plumaje, limpió su pico para quitar la pelusilla que habia quedado, y dirigióse despues á una roca cubierta de fino musgo, del cual arrancó lo suficiente para llenar su pico. Hecho esto volvió á su nido, en cuyas paredes trató de introducir el musgo, á la vez que redondeaba la cavidad, volviéndose á todos lados y apoyando el pecho. Mi presencia no la inquietaba, pero al fin emprendió el vuelo, y yo tambien me alejé del sitio. Volví el 8 de abril; el nido estaba acabado y contenia dos huevos. El 1.º de mayo envié un hombre para que me trajese el nido y la hembra; hallóla cubriendo; la cogí sin trabajo y me la presenté con el nido. Yo la puse en una jaula, pero parecia muy triste; abandonó los huevos, permaneció inmóvil en su percha, y á la mañana siguiente estaba muerta.»

Audubon dice que la incubacion no dura mas de seis dias; que en una semana crecen los pequeños, y que durante otra mas les alimentan sus padres. Esto no me parece del todo exacto: algunos naturalistas nos aseguran que los pájaros moscas nacen desnudos y ciegos; que son muy endebles; que apenas pueden abrir el pico para recibir el alimento; que al dia siguiente de salir á luz se cubre su cuerpo de un plumon agrisado, y que las plumas del lomo salen mas tarde. Segun Burmeister, los pequeños dejan el cascara á los diez y seis dias; abren los ojos quince despues, y toman su alimento á las cuatro semanas. Hasta entonces permanecen en su nido, que la hembra ensancha á medida que los hijuelos crecen. Todos estos datos no parecen fundarse en observaciones personales; pero no podria decirse lo mismo de los de Salvin, que se expresa en los términos siguientes: «Solo á la hembra incumbe el cuidado de criar á sus hijos, ó al menos, yo no he visto nunca al macho cerca del nido, ni aun en el jardin donde se hallaba. Cuando la hembra cubria se podia pasar cerca de ella, y hasta coger la rama en que se habia situado sin que emprendiese su vuelo; para esto era preciso, no obstante, que hiciese sol, pues si llovía ó hacia mal tiempo, no me era dado acercarme á mas de cinco pasos. Cuando espantaba á la hembra, permanecía yo á veces cerca del nido, esperando su vuelta, y la veía siempre aparecer con una brizna de líquen, que fijaba por fuera despues de instalarse á su

gusto. El ave hacia todo esto sin ningun temor aparente; hubiérase dicho que queria indicarme que se habia alejado solo para buscar el líquen y no por miedo. Los hijuelos recién nacidos ofrecian el aspecto de una pequeña masa negra é informe, con un cuello largo y un rudimento de pico; crecieron muy pronto y no tardaron en llenar el nido completamente. Desde aquel momento, jamás vi á la hembra apoyada en el pecho y sobre su progenie; los hijuelos quedaron abandonados sin defensa á los rayos del sol y á la lluvia. Para

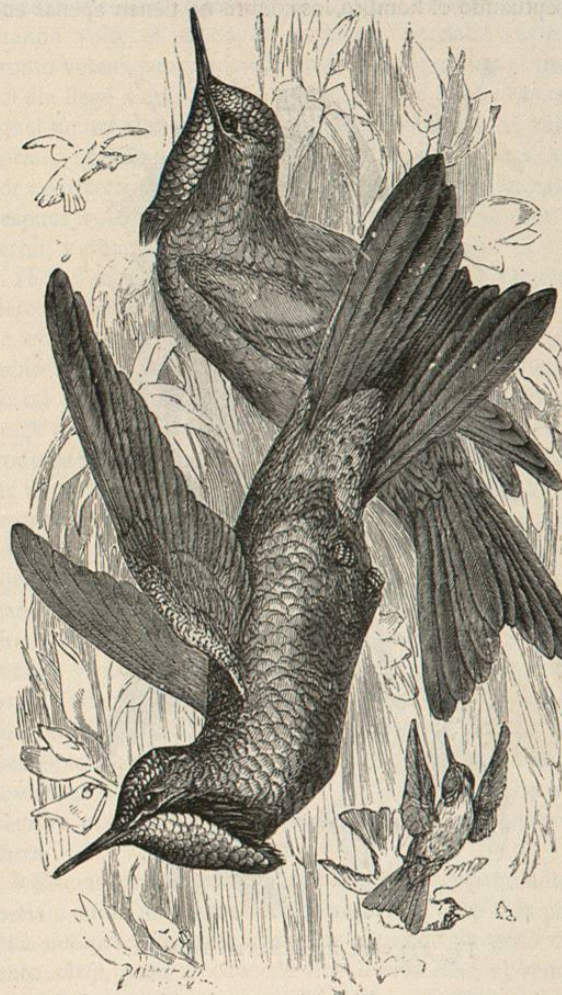


Fig. 122.—EL RAMFOMICRÓN PICO DE ESPINA

darles de comer se posaba la madre sobre el borde del nido, con el cuerpo muy levantado. Uno de los pequeños emprendió su vuelo el 15 de octubre; pero se cayó en medio de las flores; yo le puse en el nido, y le abandoné á poco por segunda vez, aunque con mejor suerte. La misma tarde vi á la madre que le llevaba de comer; voló despues hacia otro árbol, y desapareció para siempre: el segundo hijuelo abandonó el nido dos dias mas tarde.»

El principe de Wied ha hecho una singular observacion: vió en un nido dos pequeños completamente desnudos de pluma, al rededor de los cuales hormigueaban tantos gusanos, que las aves estaban casi completamente cubiertas por ellos. «Ignoro, dice, cómo habrian llegado aquellas larvas hasta allí; pero asegúrase que se las encuentra á menudo junto á los colibrís pequeños.» Burmeister cree que no son las aves mismas las que atraen los gusanos, y si sus excrementos, en cuyo caso serian necesarios para conservar la limpieza del nido; pero semejante explicacion no prueba nada, pues no podemos admitir que ciertos colibrís limpien su albergue, y que otros dejen á sus hijuelos entre las inmun-

dicias, como lo hace la abubilla. Por otra parte, no es tan común como lo creen los brasileños encontrar gusanos en los nidos de colibrí, toda vez que ningún observador reciente hace mención del hecho.

Audubon ha observado que poco después de emprender su vuelo se reúnen los pequeños; y cree que viajan separados de sus padres, pues ha visto con frecuencia veinte ó treinta colibrís jóvenes, en medio de los cuales iba un solo individuo adulto. No trataré de averiguar hasta qué punto es fundado este aserto.

Exceptuando el hombre, los colibrís no tienen apenas ene-



Fig. 123.—EL HIPERMETRO GIGANTE

migos que temer; su agilidad les permite librarse de las acometidas de las rapaces ó de los carnívoros; pero las crías pueden ser presa de los que trepan ó de las aves que arrebatan los nidos. Esto explica el furor con que los colibrís acometen á sus enemigos. A pesar de todo, pocos son los peligros que amenazan á estos preciosos seres, y prueba de ello es su número considerable, atendida su escasa multiplicación. Debe advertirse, no obstante, que en otro tiempo se les suponían enemigos fabulosos, diciéndose entre otras cosas que las grandes arañas los cogían en sus telas y les ahogaban. Lo que sabemos hoy acerca de las costumbres de estas aves, nos permite poner en duda las historias referidas por la señora Merian y Palisot de Beauvois, aunque admitiremos que sería posible que un colibrí pequeño quedase cogido en la tela de una gran araña y fuera devorado por el insecto. De todos modos, estas aves no son tan torpes como los dos pequeños pinzones que Bates encontró un día cogidos en una tela de araña; conocen el peligro, según lo prueban las observaciones de Bullock, y saben evitarle perfectamente.

CAZA.—A su gracia y belleza deben los colibrís el aprecio de los americanos, que no les dan caza sino cuando algún coleccionista europeo necesita individuos.

En los antiguos relatos de viajeros se dice que se puede tirar á estas aves con arena ó con agua; Audubon hizo la prueba y vió que si se carga la escopeta con el líquido, se ensucia el arma sin conseguir el objeto. Como quiera que sea, la caza de estas aves no ofrece la menor dificultad: con perdigon menudo se puede matar muy bien un colibrí, bastando ponerse al acecho cerca de un árbol en flor, y elegir bien el momento para tirar. Resulta de aquí que en una mañana se pueden cazar tantos como se quiera; pero también es verdad, que una vez muerto el colibrí no puede ser útil sino para el naturalista. Huyeron ya aquellos tiempos en que los nobles mexicanos adornaban sus trajes con los despojos del pájaro mosca; hoy día, por lo menos en la América del sur, estas aves no sirven ya para engalanarse.

CAUTIVIDAD.—Tenemos varias observaciones sobre la vida de los colibrís en cautividad, y como el objeto es de interés general doy á conocer continuación las más importantes.

«Ciertas personas, refiere Azara, han tenido individuos cautivos: don Pedro Melo, gobernador del Paraguay, poseyó algunos durante unos cuatro meses; volaban libremente por la habitación; aprendieron muy pronto á conocer á su amo: acariciábanle, y volaban al rededor de él para que les diese alimento. Melo cogía entonces un vaso de jarabe, y los colibrís humedecían en él su lengua; de vez en cuando les daba flores; y de este modo estaban aquellas encantadoras aves tan alegres como en libertad: perecieron por descuido de un criado.»

«Muchas personas, dice Wilson, han intentado criar á estas avejillas y acostumbrarlas á la cautividad: Coffey, que ha estudiado muy detenidamente las costumbres de nuestros colibrís indígenas, me refirió que había conservado durante varios meses dos colibrís en una jaula, alimentándolos con miel desleída en agua. Este líquido atraía á las moscas pequeñas, que eran cazadas ávidamente por las avejillas. Peale crió dos pájaros moscas, que volaban libremente por la habitación é iban á posarse en el hombro de su amo cuando tenían gana de comer: al penetrar el sol en el cuarto cogían pequeños insectos, como hacen los papamoscas.»

«En 1803 me trajeron un nido con pequeños, que estaban á punto de volar: uno se dirigió á la ventana y se mató; el otro no quiso comer, y al día siguiente estaba moribundo. Cogióle una señora, le guardó en su seno, y para alimentarle desleía azúcar en su boca, haciéndosela tragar. Así le crió hasta que se le pudo poner en jaula, y yo le conservé mas de tres meses, dándole agua con azúcar y todos los jugos de las flores frescas. Era alegre y vivaz y estaba lleno de vida; volaba de flor en flor, como en libertad, y cuando le llevaban algunas recientes, manifestaba su alegría con sus movimientos y silbidos. Adopté todas las precauciones necesarias para poderle conservar durante el invierno; pero desgraciadamente, escapóse de la jaula, voló por el cuarto, se inflirió una herida y murió.»

«He llegado á tener enjaulados, dice Bullock, hasta setenta colibrís, que conservé varias semanas á merced de ciertos cuidados, y no dudo que si hubiese podido consagrarles todo mi tiempo, los hubiera llevado vivos á Europa. No son salvajes é indomables, como se ha dicho, ni es cierto tampoco que se maten ellos mismos en cautividad: muy lejos de ello, ninguna ave se resigna tan fácilmente con su suerte. Jamás se precipitan contra las varillas de su jaula ó las ventanas; permanecen en el aire, ocupando un espacio apenas suficiente para mover las alas, y están horas enteras inmóviles, al parecer. En cada jaula ponía un vasito medio lleno de agua con azúcar, muy concentrada, y en él colocaba flores, que eran visitadas continuamente por mis diminutos cautivos.»

«Ya sabemos que los colibrís en libertad son muy penderiosos: pero jamás los he visto pelear cuando están cautivos; antes por el contrario, los pequeños se permitieron muchas familiaridades con los grandes; posábanse en su pico, por ejemplo, y permanecían sobre él varios minutos sin ser ahuyentados.»

«El 23 de febrero, refiere Burmeister, Berckeste me envió un colibrí (*agrytria albicollis*), que era muy vivaz y volaba al rededor de mi habitación: sus movimientos eran tan rápidos como cuando vivía libre; lanzábase con fuerza contra las paredes y ventanas, cayendo al suelo aturrido. Busqué una rama florida y se la presenté; acudió al momento, y volando alegremente al rededor de las flores, hundía su lengua en el interior de las corolas. Aunque apenas me hallaba á dos pasos de distancia, no daba señales de temor mientras yo permanecía quieto, mas apenas me movía, alejábanse volando. A la caída de la tarde pareció mas tranquilo, y acabó por caer á tierra sin fuerzas. Pude cogerle sin que se moviese; sus ojos estaban abiertos y llenos de vida; latía su corazón violentamente; apoyábase sobre sus alas medio abiertas, y para que descansase le coloqué sobre un almohadon muy blando: al día siguiente le encontré muerto en la misma posición: habíase dormido para no despertar mas.»

Todos estos relatos, no obstante, son muy incompletos al lado del de Gosse. «Al abandonar Inglaterra, dice este autor, me prometí traer vivas á Europa algunas de estas preciosas aves, si me era posible; varias observaciones que hice en el colibrí de capucha me indujeron á creer que esta especie se prestaría mejor á la realización de mi deseo. Mis esperanzas, no obstante, quedaron frustradas; pero en cambio tuve ocasion de observar perfectamente los usos y costumbres de estas aves. Cogí muchas con el auxilio de mis criados, valiéndome de una red para mariposas, pues los otros aparatos descritos por ciertos naturalistas me parecen mejor en teoría que para la práctica. Con frecuencia observé que en estas aves predomina la curiosidad sobre la timidez: preparaba mi red, y lejos de huir, alargaban el cuello para examinar aquel objeto desconocido, con lo cual me facilitaban su captura; si se escapaba alguna, volvía hácia mí, y sosteniéndose en el aire sobre mi cabeza, contemplábase con una confianza increíble. Pero si era fácil coger estas aves, no sucedía lo mismo cuando se trataba de llevarlas á casa, pues perecían comunmente antes de llegar, aunque no estuviesen heridas, y las que se conservaban en buena salud aparente morían por lo regular al otro día. Al principio me apresuraba á ponerlas en jaula; pero perecían siempre; caían de repente al suelo y permanecían inmóviles con los ojos cerrados; si se les cogía con la mano parecían recobrar la vida por algunos instantes, echaban la cabeza hácia atrás, agitábanla á derecha é izquierda, como aquejadas por el dolor, extendían las alas, abrían los ojos, erizaban las plumas del pecho, y morían sin convulsiones. Tales fueron los resultados de mis primeras tentativas.»

«En el otoño cogí dos machos jóvenes y los puse, no en una jaula, sino en mi habitación, cuidando antes de cerrar puertas y ventanas. Eran muy vivos y nada salvajes; gustábalos jugar; se mostraban confiados conmigo; sin temor alguno posábanse sobre mi dedo. Cuando les llevé flores las examinaron al punto, y no tardé en reconocer que despreciaban algunas de ellas para registrar las otras con gran cuidado. Desde entonces busqué bastante número de las que preferían, y tuve el gusto de ver cómo las examinaban mientras yo tenía el ramo en la mano, volando á una pulgada de mí semblante. Puse las flores en varios vasos, y entonces comenzaron á registrarlas todas sucesivamente; de vez en cuando retozaban entre sí, ó posábanse sobre diversos obje-

tos. Se acercaban á la ventana, mas no para volar; mientras permanecían en el aire, oía yo con frecuencia el castañeteo de su pico, siendo probable que lo produjeran en el instante de atrapar algún pequeño insecto. Al cabo de algún tiempo, uno de ellos cayó á tierra en un rincón y murió, pero el segundo conservó toda su viveza. Temí que hubieran agotado el contenido de las flores, y en su consecuencia llené un vasito de agua azucarada, que tapé con un corcho, por el cual introduje el cañón de una pluma, y sobre este puse una gran flor cuyo tallo cortado llegaba al fondo. Aquello pareció agrandar al colibrí; estuvo algún tiempo delante del vasito, y cuando voló, el cañón de la pluma quedaba vacío. Bien pronto volvió, aunque había quitado la flor, y en el trascurso del día llegó á comprender perfectamente dónde encontraría aquel nuevo alimento. Al ponerse el sol, buscó un sitio para dormir; al día siguiente conservaba toda su viveza, y apuró por completo su provision de agua azucarada. Algunas horas después voló por una puerta, que tuve el descuido de no cerrar, y desapareció, con gran sentimiento mio.»

«En el mes de abril otros tres machos que obtuve parecían acostumbrarse al momento á su nueva morada. Uno de ellos divisó casi en seguida un vaso lleno de jarabe y bebió varias veces; otro murió, y los demás se domesticaron de tal modo, que antes de acabar el día, volaba uno rozándose el rostro; posábase sobre mis labios ó mi barba, é introducía su pico en mi boca para libar la saliva. Llegó hasta ser importuno por tanto atrevimiento, pues hundía su lengua protractil entre mis encías y los dientes. Para atraerle me ponía un poco de jarabe en la boca, y llamaba al ave con un ligero grito, que aprendió á conocer muy pronto. No parecían atraerle mucho las flores frescas; llevé á mi cuarto algunas de moringa, que son para estas aves las preferidas cuando viven libres; registrólas un instante y luego las abandonó. Cada cual de mis colibrís eligió su sitio en una cuerda que tendí á través de mi cuarto, y allí se posaba regularmente; además buscaron uno ó dos parajes cómodos para descansar algunos instantes. Si se les ahuyentaba volvían siempre, con tanta regularidad como lo hacen cuando viven libres.»

«El mas atrevido de mis colibrís era muy batallador: acometía á cada momento á su compañero, que mas pacífico, huía siempre; posábase después, lanzando su grito de contento *skrip*, pero al cabo de dos ó tres días, el vencido se cansó de aquella impertinencia. Quiso ser despota á su vez, y no permitió al otro colibrí que se acercase al vaso donde estaba el jarabe. Veinte veces seguidas trató de aproximarse; pero apenas llegaba y sacaba su lengua, caía el otro sobre él con una rapidez increíble y le ahuyentaba. El vencido se refugiaba entonces en un rincón, y cada vez que intentaba acercarse de nuevo al vaso, renovábase la lucha. En cuanto al otro, bebía muy á su gusto; con el valor recobró la voz, y los dos individuos lanzaban su *skrip* casi continuamente.»

«Una vez acostumbrados á su nueva morada, manifestaron mis cautivos una vivacidad sin igual; tomaban las posturas mas diversas, volvíanse de todos lados y dejaban ver todas las bellezas y variaciones de su plumaje bajo los diferentes juegos de luz. Volaban á derecha é izquierda, balanceábanse en los aires de la manera mas graciosa, y ejecutaban todos sus movimientos con tal prontitud, que era imposible seguirles con la vista. Tan pronto en un lado como en otro, oíase de continuo el zumbido de sus alas invisibles, ó bien rozaban el semblante del espectador antes de que este viera por dónde venía el ave.»

«Hasta fines de mayo recibí unos veinticinco colibrís mas, casi todos machos; los unos habían sido cazados con redes y los otros con liga. Apenas cogidos, los metían en una cesta: